

La nación en fuga

Anayra Santory Jorge
Departamento de Filosofía
Universidad de Puerto Rico en Mayagüez

*Ahora ya no voy desemascarando
cuando encuentro que
alguien se emboza actuando
cuando engañan en su felicidad
solo veo remedos de humanidad
lo que podrían haber sido y no son
entre vanaglorias y compasión*

Fernando Delgadillo,
“Desfile de Antifaces”

I. HISTORIA DE PALABRAS

La historia que narra José Juan Rodríguez Vázquez en su libro *El sueño que no cesa: la nación deseada en el debate intelectual y político puertorriqueño, 1920-1940* podría muy bien haber sido una historia de héroes y hazañas; una de esas historias tan comunes, en las cuales los personajes, situados en un tiempo algo distante, amplifican sus gestos para permitirnos derivar lecciones importantes. Con Albizu y Muñoz a bordo, podría haber sido eso, pero, afortunadamente, no lo es. *El sueño que no cesa* no trata de héroes, no narra hazañas, y no termina con moralejas. No es un libro acerca de individuos o hechos. Es una historia acerca de palabras y su parentela. Las palabras que el libro atiende tratan todas sobre el mismo tema, la nación puertorriqueña. El énfasis no está en los sujetos que las emiten sino en las estrategias que éstos persiguieron al emitirlos. Aunque presentadas como estrategias y propuestas para la construcción de la nación, no todas tuvieron la misma cuna. Muchas de estas palabras fueron pensadas largo tiempo y quedaron consignadas en libros; otras, más impetuosas, nacieron en una tarima y fueron encausadas como delito. Algunas fueron aplaudidas por multitudes para más tarde ser renegadas por los mismos que las pronunciaron. Todas, sin embargo, aparecen enlazadas en el texto que presentamos, en un discurso que se presenta en tres entregas -el nacionalismo en su fase de arranque, de maniobra y de movimiento— y en el cual se escucha el origen de ecos que aún retumban con fuerza en nuestros días.

Rodríguez Vázquez nos dice que su libro constituye “[. . .] un esfuerzo por estudiar un campo discursivo, el nacionalista”. Sin que por ello, nos advierte, hayan desaparecido de sus páginas, los sujetos del discurso y sus contextos(496). Las voces de Antonio Pedreira, Pedro Albizu Campos y Luis Muñoz Marín se escuchan nítidas en la conversación de dos décadas y aparecen acotadas y enriquecidas por sus genealogías transnacionales y sus circunstancias locales. Se presentan, no en versión monológica sino diálogica, por lo que escuchamos las intervenciones de otros interlocutores ya canónicos: Tomás Blanco, Emilio S. Belaval, Antonio R. Barceló y Vicente Géigel Polanco, entre otros. A estas voces se le suman otras más recientes, que han reflexionado “sobre lo ya hablado” y con las que el autor establece su propio diálogo y debate. Entre estas últimas destacan las de Rodríguez Castro, Álvarez Curbelo, Cubano Iguina, Ferrao, y otros.

No es, y reitero, una historia acerca de hombres que hicieron ni acerca de aquéllos que interpretaron. Es una historia acerca de palabras propias y ajenas dichas con el empeño de construir con ellas varias versiones de la nación puertorriqueña. La que Rodríguez Vázquez narra es una historia acerca de lo que Pedreira, Albizu y Muñoz dijeron saber acerca la nación y lo que intentaron poder con lo que decían.

Abordar esta historia como una historia de discursos y no de hombres, ni de hechos, ni de ideas sin casa, me parece a mí que constituye la contribución teórica más importante de este texto. Como registro erudito e interpretación matizada de la conversación que atiende *El sueño que no cesa* es simple y llanamente sensacional y por esto tiene asegurado un sitio en la conversación presente y futura sobre este tema. Pero, es más que un registro exquisito. *El sueño que no cesa* nos abre también una puerta teórica por donde escaparnos de los cuernos de un dilema que hace unos años atrapa a la academia nacional, queriéndola obligar a escoger entre la nación *pos mortem* o la nación canónica. Rodríguez Vázquez se las arregla para admitir —con los posmodernos en su versión poscolonialista— que la “nación es una construcción discursiva, una comunidad imaginada, y no [. . .] una cosa o un ‘hecho’” (497). Pero concluye, me parece a mí que muy certeramente, que la naturaleza performativa de la nación es lo que lo obliga, y no lo que exime de “seguir (re)imaginándola” (501). La puerta está abierta. Imaginar la

nación, entender los juegos discursivos que la forman, explorar su naturaleza sigue siendo agenda de futuro.

II. EL NACIONALISMO COMO LENGUAJE MORAL

Si la nación se aprehende a través de las palabras que la describen; si cambia de rostro según cambia el discurso que la insinúa; si se sustenta con la voluntad de imaginarla y hablar de ella; si se la cuestiona solamente a través de las acciones de los que la invocan, ¿cuál es su naturaleza? La nación como concepto parece comportarse como un concepto moral. Como los conceptos morales está condenada a ser un proyecto por naturaleza inconcluso. Nunca se agota el bien, ni el deber, ni los derechos; nunca se les reconoce del todo. Esto, sin embargo, no los condena a la condición de “cadáver viviente”, como se condena a la nación por estos lares.

Los conceptos morales, para existir, no se afinan en cualidades, no buscan señuelos en dónde anclarse. Para tener derechos basta la humanidad; al bien se le reconoce en infinidad de caras. La nación, por lo tanto, para existir, no tiene que descansar sobre identidades tradicionales. Vista como un concepto moral, la nación puede ser convocatoria, sin requerir las contraseñas tradicionales de la etnicidad, el lenguaje, o la geografía. Si al deber o a los derechos –ambas, nociones modernas– acudimos con múltiples identidades, a la nación como convocatoria moral podemos llegar de igual modo. La nación puede entenderse como una convocatoria a los presentes, que se abstiene de seleccionar entre otras identidades. La nación puede imaginarse como un espacio moral moderno al que podemos acudir los que participamos en la reproducción de la vida cotidiana y sin necesidad de contraseñas pre-modernas.

El lenguaje que articula la nación puede valorarse como se valora el lenguaje moral, al que de nada sirve someter al emplazamiento de lo verdadero y lo falso, sin que deje de ser susceptible, sin embargo, al criterio de la belleza. Como el lenguaje moral, el nacionalismo puede ser juzgado de acuerdo a sus consecuencias y medir sus efectos en las relaciones que articula. Puede, como las tradiciones morales, descartarse y volverse a inventar. Si la nación conjurada resultara esperpéntica –como las que hoy arrinconan palestinos o reinician las cruzadas— debemos reimaginarla. Del mismo modo que reimaginaríamos una idea del bien que constantemente nos dejará más pobres y más

tristes. Contra las naciones esperpénticas de nada sirve acusarlas de que no existen. Como no serviría acusar a un concepto moral de no ser una entidad positiva. ¡Ambos existen y mucho! Cuando duelen o se tornan insoportables lo que requieren es de un nuevo rostro. Proveérselo, o morir en el intento, es un trabajo político que demanda –entre otras cosas– estrategias discursivas. Pero es, antes que todo, una tarea moral. Resulta difícil pensar una más urgente. En ella nos va la vida.

III. LA NACIÓN COMO ESPACIO

Si la nación es asunto de la imaginación y se construye con palabras, como los cuentos, y si su construcción responde a veces al deber y otras a la necesidad, hay que cuidar la nación conjurada en los discursos nacionalistas. Para esto, debemos comenzar reconociendo que más que un discurso que fija identidades el nacionalismo crea una especie de campo de fuerza variado y múltiple. El autor nos dice:

Contra los que lo definen (el nacionalismo) como un discurso singular hemos insistido en su pluralidad; contra los que lo consideran una copia deformada de ideas europeas, hemos insistido en su creatividad; contra los que lo definen como un discurso tradicionalista propio de intelectuales temerosos a las transformaciones de la modernidad, lo hemos definido como una de las grandes utopías modernas, propia de intelectuales que elaboran estrategias de saber-poder para allegarse a la modernidad; contra los que lo consideran obsesionado con el pasado, lo hemos presentado como discurso que mira también hacia el futuro; contra los que lo consideran ideología de fanáticos, hemos destacado su fuerte acento racional y sus propuestas para resistir la opresión y transformar el orden político; contra los que consideran (como)[. . .] único proyecto político la realización del estado-nación hemos destacado sus distintas opciones político-estatales(498).

Reconocer al nacionalismo en su problemática y reconocer la multiplicidad de su temática –para usar el esquema de Chatterjee que privilegia el autor-- tiene el efecto de ensanchar sus puertas e invitar al diálogo. Si abandonamos el considerar la nación como una sustancia y al nacionalismo como un gestor de identidades, podemos explorar otras metáforas distintas, pero cónsonas, a la de la nación como comunidad imaginada. Yo propondría -a tono con la preeminencia de la geografía dentro de las ciencias sociales-

imaginar la nación como un espacio, articulado a través de un lenguaje de naturaleza moral y con fines, como muchos otros conceptos morales, inescapablemente políticos.

La metáfora espacial tiene ciertas ventajas. Escapa de algunas acusaciones recurrentes de los detractores de los nacionalismos que insisten en que de la apología de la nación al fascismo sólo hay un paso. Como no hay nada intrínseco al espacio, salvo ser potencial punto de encuentro, la nación así imaginada no contiene en sí ningún germen, o los contiene todos. Puede ser fascista o imperialista, puede estar absorta y ausente, febril e inquieta; al final, dependerá siempre del ejercicio discursivo hegemónico entre los allí convocados.

La nación espacio y convocatoria también se abstiene de otra mala acción que se le achaca: imponer a los presentes una máscara, una identidad forzada y única, para participar del diálogo que les atañe. La nación espacio puede ser baile y de máscaras, admitiendo en ella sujetos con las innumerables identidades que la posmodernidad reconoce. Para acudir a la cita de la nación no tendríamos que ser ni nacionales ni nacionalistas, como no hay que ser freudiano para soñar o para interpretar los sueños. A la nación moderna asistimos como a la ética moderna, como hombres, mujeres o transgéneros; como heterosexuales, homosexuales, transexuales o polimorfos perversos; como pobres, ricos, burgueses, marginales o desplazados; como capitalistas o proletarios; como negros, blancos o multi-étnicos; como activistas de viejas izquierdas o nuevas derechas; como ambientalistas, anti-globalistas, cosmopolitas o globalizados. La nación podría contener todas estas voces y existir como su punto de encuentro dialógico, mientras se reconozca la virtud de este espacio de negociación discursiva.

IV. LA NACIÓN EN FUGA

Imaginar ahora la nación de nuevas maneras, examinar sus lenguajes con nuevas categorías, proponerle nuevas metáforas, no implica olvidar que la nación sigue siendo un proyecto prohibido tanto aquí como en una gran parte de las regiones del globo. Y que al acto casi lúdico de imaginarla le debe seguir el muy ingrato de defender su actualidad y pertinencia. Tampoco implica olvidar que las ciencias sociales y la historia han tratado de elaborar teorías que explican cómo la nación, concepto del conquistador “moderno”, se escapa y arraiga en el mundo “pre-moderno” del conquistado. La “comunidad

imaginada” de Anderson, además de una metáfora sugerente que permite nuevos giros y exámenes meta-lingüísticos, es también una explicación material de este proceso de arraigo nacional. Como tal, compete y dialoga con otras teorías que intentan dar cuenta del mismo proceso. Las elucubraciones teóricas que explican el proceso histórico no están reñidas con una interpretación de los discursos nacionalistas que les reconozcan otras propiedades y otras posibilidades. Como el personaje de Voltaire, que descubrió que hablaba en prosa, los nacionalistas pueden descubrir que sus discursos pueden ser entendidos como un lenguaje moral. De igual modo, hay que recordar que las teorías acerca de la nación describen procesos históricos específicos y generalizables, pero que ni limitan las posibilidades de las concepciones futuras, ni establecen destinos inescapables, ni dictan las estrategias nacionalistas. Como reconoce Chatterjee, la nación se forma por estrategias discursivas y políticas que tienen fases de arranque y maniobra, seguidas, en el mejor de los casos, con la llegada al estado por el que se aboga. Pero, como reconoce Rodríguez Vázquez, no necesariamente todos desembocan ahí y muchas veces regresan con proyectos que no salieron a gestar. Dice Rodríguez Vázquez:

La aparición de un nacionalismo oficial o de llegada no termina el debate en torno a la nación. Si bien lo nacional puede dejar de ser [. . .] problema de identidad bloqueada, el rostro en el espejo no termina de construirse definitivamente y en las luchas sociales y políticas este mito de poder moderno puede reaparecer para dar paso a una comunidad imaginada que aspira a nuevas formas económico-políticas y culturales (500-01).

El nacionalismo puertorriqueño no ha conseguido el estado nación que salió a buscar en el siglo XIX, pero ha obtenido muchas otras cosas. Marchaba en Hato Rey hace unos días, de la mano de colonialistas e independentistas, y en defensa de instituciones modernas, menores que el estado, pero imprescindibles. Tampoco tiene por qué agotarse sólo en marchas y protestas; puede hacer más: insistir por ejemplo, en convocar el diálogo, sobre el estado que no llega y sobre muchísimas otras cosas de las que tenemos que hablar. Y mientras esperamos al resto de la nación en fuga, a lo mejor preparamos chocolate y repartimos las galletas. Y terminamos de velar, al fin, la nación difunta, esa señora insoportable e hispanófila a la que sobreviven sus parientes negros y su pretendiente niuyorican, y la que al irse le va dejando espacio a nuevas ficciones.